

La geografía de Élisée Reclus frente al exterminio de los amerindios:
cuestiones científicas y políticas

FERRETTI, Federico

Reference

FERRETTI, Federico. La geografía de Élisée Reclus frente al exterminio de los amerindios: cuestiones científicas y políticas. *Erosión, revista de pensamiento anarquista*, 2015, vol. 5

Available at:

<http://archive-ouverte.unige.ch/unige:81843>

Disclaimer: layout of this document may differ from the published version.



UNIVERSITÉ
DE GENÈVE

EROSIÓN

REVISTA DE PENSAMIENTO ANARQUISTA

NÚMERO 5 / AÑO III / PRIMAVERA DE 2015 / ISSN 0719-2657

EDITORIAL

LA IDEA Y SU TRÁNSITO A TRAVÉS DE LOS TIEMPOS

ARTÍCULOS

EXCAVACIONES ANARQUISTAS:

NATURALEZA, ANTROPOLOGÍA Y ARQUEOLOGÍA

DAVID GRAEBER: *EL SHOCK DE LA VICTORIA* | TOMÁS IBÁÑEZ: *LA NATURALEZA HUMANA, UN CONCEPTO EXCEDENTARIO EN EL ANARQUISMO* | AUGUSTO GAYUBAS: *PIERRE CLASTRES EN PERSPECTIVA ANARQUISTA* | DIEGO MELLADO: *LA REVOLUCIÓN ANTICIPADA DE LAS SOCIEDADES PRIMITIVAS* | LEONARDO FARYLUK: *ARQUEOLOGÍA ANARQUISTA, ENTRE UN ESTADO DE LA CUESTIÓN Y UN MANIFIESTO INDIVIDUAL* | BILL ANGELBECK: *PRINCIPIOS, PRÁCTICAS, Y PATRONES ARQUEOLÓGICOS DE SOCIEDADES ANÁRQUICAS* | FEDERICO FERRETTI: *ÉLISÉE RECLUS FRENTE AL EXTERMINIO DE LOS AMERINDIOS*

ENSAYOS

ULISES VERBENAS: *ALBERT CAMUS Y EL PENSAMIENTO REBELDE* | SEBASTIÁN ALLENDE: *ENRIQUE LIHN*

ENTREVISTA

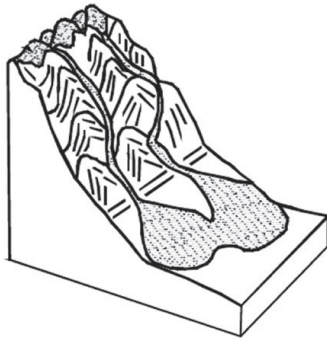
CRISTÓBAL NÚÑEZ, MEDALLISTA EN LUCHA GRECORROMANA DE LOS JUEGOS PANAMERICANOS 2015: *ANTROPOLOGÍA, DEPORTE Y LAS PRÁCTICAS LIBERTARIAS EN EDUCACIÓN.*

ANTOLOGÍA

RUDOLF ROCKER Y LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

ANARQUÍA HABLADA

LIBROS, JORNADAS, ANARQUISMO EN LA PRÁCTICA



EROSIÓN

REVISTA DE
PENSAMIENTO ANARQUISTA

NÚMERO 5 / AÑO III / 2015

ISSN: 0719-2657 / SANTIAGO DE CHILE

ÍNDICE DE CONTENIDOS

EDITORIAL

- La idea y su tránsito a través de los tiempos* 3
— Grupo de Estudios J. D. Gómez Rojas

ARTÍCULOS: EXCAVACIONES ANARQUISTAS: NATURALEZA, ANTROPOLOGÍA Y ARQUEOLOGÍA

- El Shock de la Victoria* 11
— David Graeber
- La naturaleza humana: Un concepto excedentario en el anarquismo* 27
— Tomás Ibáñez
- La paradoja de la guerra: Pierre Clastres en perspectiva anarquista* 41
— Augusto Gayubas
- Pierre Clastres: La revolución anticipada de las sociedades primitivas* 59
— Diego Mellado
- Arqueología Anarquista: Entre un estado de la cuestión
y un manifiesto individual.* 71
— Leonardo Faryluk
- Principios, prácticas y patrones arqueológicos en sociedades anárquicas* 89
— Bill Angelbeck
- La geografía de Élisée Reclus frente al exterminio de los amerindios:
Cuestiones científicas y políticas* 115
— Federico Ferretti

ENSAYOS

- Albert Camus y la contradicción del pensamiento rebelde* 135
— Ulises Verbenas
- Enrique Lihn* 141
— Sebastián Allende

ENTREVISTA

- Cristóbal Núñez: Deporte, antropología y las prácticas libertarias en educación* 145

ANTOLOGÍA

- Rudolf Rocker y La Segunda Guerra Mundial* 155

ANARQUÍA HABLADA

171

AUTORES DE ESTE NÚMERO

191

EROSIÓN

REVISTA DE PENSAMIENTO ANARQUISTA

REVISTA EROSIÓN es un proyecto del GRUPO DE ESTUDIOS JOSÉ DOMINGO GÓMEZ ROJAS, iniciativa que reúne a individuos de disciplinas diversas enfocados al estudio de las ideas anarquistas.

La publicación, en este sentido, tiene como propósito ser un espacio que incentive el debate y estudio en torno al pensamiento anarquista y sus distintas expresiones y aplicaciones, así como invitar e incitar al trabajo serio tanto en lo investigativo como en lo práctico.

Reconociendo que en el trasfondo del anarquismo teoría y práctica son idénticos, el desarrollo teórico permite plantear problemas y proyectos en el siglo XXI, y, con ello, entregar fundamentos a prácticas actuales y futuras que contengan la comprensión de la anarquía a través de los tiempos y su realización en la época que nos ha tocado vivir.

ADMINISTRACIÓN

Diego Mellado G.

REDACCIÓN

Maxi Astroza-León

COLECTIVO EDITORIAL

Rodolfo Alsino, Gabriel Vega, Cayo de la Huerta,
Felipe Villegas, Josep Verdura, Ignacio Abarca,
Leonardo Faryluk, Ulises Verbenas.

EDICIÓN

Editorial Eleuterio

PROYECTO GRÁFICO

Artes Gráficas Cosmos

CONTACTO

erosion@grupogomezrojas.org

SITIO WEB

www.erosion.grupogomezrojas.org

ISSN (IMPRESO)

0719-2657



Esta obra se encuentra bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0 Unported. Esto significa que los contenidos de esta obra pueden ser reproducidos siempre y cuando se señale la autoría y no sean utilizados con fines comerciales.

Al igual que la Revista RECONSTRUIR (1959, Bs.As - Montevideo), EROSIÓN es una publicación amplia, tanto en sus inquietudes sociales como en el criterio que aplica para la selección de los materiales. Por lo tanto, no comparte necesariamente las opiniones vertidas en ellos.

© Clifford Harper



*Cuando la multitud hoy muda roja
como un océano, y a morir esté
dispuesta, la Comuna resurgirá.*

LOUISE MICHEL

Va este número de EROSIÓN dedicado a LOUISE MICHEL (1830 – 1905), militante anarquista y pedagoga que falleció hace un siglo atrás. Activa participante de la Comuna de París, también fue autora de numerosas poesías, obras de teatros, panfletos y artículos periodísticos. La editorial madrileña LaMalatesta publicó recientemente su libro *La Comuna de París* (2014).

El interior de Erosión #5 ha sido ilustrada por Mario Riffo, quien desde Buenos Aires, Argentina, nos ha enviado una colección de cinco ilustraciones dignas de la inquietud ácrata.

El proyecto gráfico de Revista Erosión es fruto de Artes Gráficas Cosmos, instancia de imaginación colectiva que, al exterior de todo tipo de fronteras, explora las posibilidades de la imagen, la luz y los cuerpos hasta los límites insospechados de las formas.



LA IDEA Y SU TRÁNSITO A TRAVÉS DE LOS TIEMPOS

*Somos ingobernables. El único amo propicio para
nosotros es el Relámpago, que tan pronto
nos ilumina como nos parte en dos.*

RENÉ CHAR.

ENTRE LAS MÚLTIPLES FORMAS QUE SE HAN INVENTADO para denominar a los principios anarquistas, ha prevalecido una en particular: *La Idea*. Concepto permanentemente pronunciado en la propaganda y literatura anarquista, su raíz se haya en el verbo *eidō* (εἶδω) del antiguo vocablo griego, cuya traducción sería *mirar, reconocer, hacerse visible*. Para los antiguos griegos existían dos modos para referirse a las ideas: como *eidos* (εἶδος), cuyo significado es *vista, visión, aspecto*, incluso, *hermosura, naturaleza*; o como *idéa* (ιδέα), que se traduce como *aspecto, apariencia* o como *modo de ser, arquetipo, forma ideal*. En pocas palabras, las ideas no sólo se originan en función de las imágenes y conceptos que asimilan nuestras vidas a través de la experiencia y nuestros sentidos, sino también en lo aparente e inmaterial, en aquello que existe gracias al lenguaje y la imaginación, madurando en el intelecto y el diálogo social. Por ejemplo, la lógica que utilizó Etienne de La Boétie para plantear el problema de la servidumbre: si nuestra sociedad es una sociedad de la servidumbre, entonces existió una contrapartida sin tiranos ni policías, sin amos ni esclavos. Esto, porque la Naturaleza es justa y de su seno no nace lo desigual, no nacen algunos para mandar y otros para obedecer. Los humanos poseemos

LA GEOGRAFÍA DE ÉLISÉE RECLUS FRENTE AL EXTERMINIO DE LOS AMERINDIOS: CUESTIONES CIENTÍFICAS Y POLÍTICAS*

Federico Ferretti

Traducción: Leonardo Faryluk

LA NUEVA GEOGRAFÍA UNIVERSAL DE ÉLISÉE RECLUS, UNA DE LAS OBRAS geográficas más célebres de la segunda mitad del siglo XIX, dedica un espacio muy importante al Nuevo Mundo. Dado que la obra tenía una gran distribución y el autor de la misma era célebre como uno de los fundadores del movimiento anarquista y como exiliado de la Comuna de París, su influencia en la opinión pública europea de esa época no fue desdeñable. En este artículo, problematizaremos la representación reclusiana del genocidio de los pueblos amerindios llevado a cabo por los conquistadores europeos entre los siglos XVI y XIX, que el geógrafo denuncia de manera radical, a pesar de ser admirador del progreso científico y técnico de su época. La construcción de esa mirada heterodoxa nos provee información original sobre la relación entre Europa y su Otro en la Edad de los Imperios.

Introducción: ¿Un abordaje historicista?

En la literatura sobre Élisée Reclus (1830-1905), uno de los geógrafos más célebres del siglo XIX, un aspecto abordado con frecuencia es el de la relación entre sus ideas políticas y su enfoque geográfico. A propósito de su lectura del colonialismo europeo, existe un debate interesante entre los geógrafos. No poseemos aquí el espacio para resumir exhaustivamente el estado de la cuestión, pero cabe destacar que la obra de Reclus es enorme, que analizarla sin una lectura integral, o por lo menos amplia, de su cuerpo, con-

* Esta investigación fue financiada por el Fondo Nacional Suizo de Apoyo a la Investigación Científica (FNS) en el ámbito de los proyectos *Écrire le Monde Autrement: géographes, ethnographes et orientalistes en Suisse romande, 1868-1920, des discours hétérodoxes* (Div. 1, 2012-2015) e *Géographie, éducation publique et pédagogie libertaire en Suisse et en Europe (19e-21e siècle)* (Div. Interdisciplinaire, 2014-2017). El artículo que hemos traducido fue publicado previamente en: *Elisée, Revista da Geografia* da Universidade Estadual de Goiás, Brasil, vol. 4, n. 1 (2015), pp. 36-52.

lleva el riesgo de engendrar lecturas preconcebidas y anacrónicas. Nos proponemos entonces contribuir con algunos materiales útiles para este debate, analizando la aproximación reclusiana del exterminio de los nativos americanos por parte de los conquistadores europeos que aparece en los últimos cinco volúmenes de su obra mayor, *Nouvelle Géographie Universelle* (Nueva Geografía Universal, en adelante NGU), consagrados al Nuevo Mundo. Consultaremos también otras obras reclusianas como *L'Homme et la Terre* (El Hombre y la Tierra), para aclarar nuestro problema. Efectivamente, se conoce la confianza de Reclus en la evolución y el progreso de la tecnología y las comunicaciones globales: ¿Cómo consigue conciliar esto con su crítica a la Conquista y al colonialismo? ¿Cómo se relaciona, siendo que habla de “mezcla” y “asimilación” contra del racismo, con el historicismo que caracteriza al pensamiento europeo (y eurocéntrico) dominante?

América septentrional

Reclus, en la NGU, aborda el continente americano partiendo de la región boreal. Así, antes de analizar la Conquista efectuada por los españoles y los portugueses, debe confrontarse con la primera colonización efectuada por los Europeos del Norte, entre los cuales, en la época que escribió la obra, los ingleses poseían la mejor parte en la división del mundo entre potencias coloniales. Ya en el volumen de la NGU dedicado a las islas británicas, Reclus expone una opinión bien clara sobre la obra “civilizadora” de los colonizadores anglosajones desde que entraran en contacto con los primeros pueblos:

En muchos países, infelizmente, los ingleses no han hecho más que destruir para obtener ganancias. En Tasmania, exterminaron casi hasta el último indígena. En el continente australiano, algunas tribus huyen delante de ellos como las bandas de canguros, que es la primera especie de caza amenazada de extinción próxima. En Oceanía, ¡Cuántas islas han sido despobladas por ellos, y en sus colonias americanas, ahora transformadas en Estados Unidos, cuántas naciones indígenas han masacrado terriblemente, sin hablar de aquellas que han hecho perecer por el aguardiente y otros vicios de importación europea!¹.

A partir de América del Norte, la ley general que Reclus extrae de su análisis histórico es que, desde las primeras exploraciones medievales de los vikingos, la masacre acompaña en todas partes al desembarque de los europeos: “Como los invasores de todas las naciones de Europa que los sucedieron, los piratas normandos masacraron indígenas sólo por el placer de derramar sangre: la obra de exterminio comienza con la llegada de los blancos”².

Es de acuerdo a los trabajos etnográficos de su hermano y colaborador Elie³ que Élisée Reclus analiza los pueblos inuit del Ártico americano, inaugurando un abordaje científico que utiliza por primera vez una aproximación empática con los pueblos que los tratados científicos de la época generalmente presentaban como personas “salvajes” e “inferiores”. Elie Reclus ofrece también su explicación: “No dudamos en afirmar que en muchas tribus, llamadas salvajes, el individuo medio no es inferior, ni moralmente, ni intelectualmente, al individuo medio de los Estados llamados civilizados [...] estas poblaciones no han sido descritas si no por los invasores, aquellos que menos podían comprenderlas”⁴

En la NGU Élisée Reclus, quien es consciente del carácter inexacto de la definición de los esquimales – desde que estos pueblos se conocen como inuit, o sea, “los hombres” –, no esconde su simpatía por la causa de estos “salvajes” y por sus instituciones igualitarias. Respecto a los autóctonos de Alaska:

Estos indígenas, en número de alrededor de cuatro centenas, están, como la mayoría de los demás esquimales, en vía de disminución rápida, por causa del despoblamiento de los mares que recorren los balleneros americanos [...] Hay pocos hombres en el mundo más apacibles y amenos que los inuit de Point-Barrow. Ellos no tienen jefes, electos o hereditarios, y viven en un estado de perfecta igualdad [...]

Las mujeres disfrutan de una perfecta igualdad con los hombres⁵.

Reclus observa con interés el igualitarismo de diversas sociedades amerindias, por la institución, difundida entre los pieles rojas, que los antropólogos han denominado “jefatura”, anticipándose así en algunos temas al antropólogo libertario del siglo XX, Pierre Clastres, quien describió algunas sociedades amerindias como “sociedades contra el estado”⁶. Según Reclus, “Es imposible traducir la palabra ‘rey’ a ninguna lengua indígena, porque la idea misma que responde a este término es absolutamente desconocida por los pieles rojas: el jefe no es otro que el primero entre iguales”⁷. Respecto al *estatus* de la mujer, se puede decir que en Reclus, militante de la emancipación femenina en Europa, la apreciación de la paridad disfrutada por las mujeres en diversos pueblos nativos va desde el Ártico hasta la Patagonia, donde los araucanos “tratan bien a sus mujeres, como los otros aborígenes, ya que jamás una esposa indígena fue golpeada”⁸.

En la otra cara de la moneda, el geógrafo analiza escrupulosamente todo el daño material y moral que la servidumbre impuesta por los invasores de todas las nacionalidades provocó en los pueblos indígenas. Al norte, puede partirse del ejemplo de las Islas Aleutianas: “Cuando eran independientes, los aleutianos fueron un pueblo feliz; pero luego de la servidumbre que les impusieron los rusos, se volvieron tristes. No hay indignidades que no les hayan hecho sufrir”⁹. Con gran anticipación a las célebres elaboraciones de

Jared Diamond¹⁰ Reclus aborda el aspecto biológico del exterminio, citando fuentes vernáculas que demuestran la conciencia indígena del peligro de las enfermedades importadas por los conquistadores. Afirma que los europeos “merecían el nombre que les dieron los Tineh de América boreal: Ewie Daetlini – los que traen la muerte”¹¹.

Acerca de los cazadores-recolectores de América Boreal, Reclus no deja de citar las prepotencias por ellos sufridas por parte de otros pueblos indígenas más belicosos, como los Pielas Rojas canadienses, luego tratados de la misma forma por los colonos ingleses y franceses: “Los colonos de Europa los hicieron retroceder así como ya los habían hecho retroceder el exterminio de los Inuit o Skrällinger que, bajo el nombre de esquimales, vivían aún en el siglo pasado en el golfo de San Lorenzo”¹².

Los Pielas Rojas son objeto de capítulos específicos, tanto en un volumen de la NGU dedicado a los Estados Unidos como en *L'Homme et la Terre*. El genocidio de este pueblo es abordado de manera muy explícita: Reclus se enfoca de entrada en las justificaciones de aquellos que veían la extinción de los naturales como una consecuencia “inevitable” de su encuentro con los “civilizados”:

Algunos teóricos de la fuerza bruta, contentos con escapar del remordimiento, han expedido una supuesta ley según la cual una raza “inferior” debe necesariamente desaparecer al contacto con una raza “superior”. La presencia del blanco sería suficiente para que el rojo sea golpeado de muerte, él y su descendencia. Ley confortable, que permite al colono excusar su trato con los indígenas, atribuyendo a la fatalidad los efectos de sus propios actos de expolio, crueldad y engaño, ¡llegando a convertirlos en formas casi justificables de la lucha por la existencia! No obstante, tal ley no existe¹³.

En cuanto a las enfermedades, si los primeros exploradores fueron sin duda inconcientes del peligro de los gérmenes que transmitirían a los indígenas, luego de cierto momento este hecho fue empíricamente conocido. Reclus denuncia entonces la útil difusión de enfermedades propagadas por los colonos:

Se pueden citar sin duda ejemplos de enfermedades mortales, rubéola, varicela y otras, que han diezmado, a veces casi completamente destruido, a los pueblos aborígenes; pero también se sabe que muchas veces estas epidemias fueron desencadenadas concientemente por medio del envío de mantas contaminadas [...] Se sabe como el cara pálida deseaba librarse de esos invitados a la tierra que querían poseer. En lo que respecta a los infelices, toda colonia es casi la misma historia de fraudes, violencia y crueldades sistemáticas. En Virginia, tanto como en las Carolinas, Nueva York y Nueva Inglaterra, los blancos de toda raza y de toda religión no tuvieron ningún escrúpulo en

engañar a los indígenas de mil maneras, en corromperlos propiciando su inclinación a la bebida, en incitar unos contra otros, en declararles guerras injustas y en masacrar, e incluso quemar, a los prisioneros. En muchas colonias, las leyes formales autorizan la esclavitud perpetua de los pieles rojas capturados en la guerra y la venta de los niños, “paganos e hijos del diablo”, a las plantaciones de Bermudas. Cuando una epidemia asolaba a los blancos, veíamos el efecto de la cólera divina; cuando ella diezmaba a los indios, se trataba de una bendición del altísimo¹⁴.

Reclus diferencia, a propósito de los Estados Unidos, entre el período precedente a la Independencia y el período siguiente, a partir del cual se intenta dar un ropaje legal a la expropiación de las tierras indias e instituir las reservas y los subsidios para “protegerlos”. Reclus no deja de ironizar respecto a estas medidas, que considera hipócritas:

En algunas colonias, la guerra fue sin tregua y sin piedad; los rastreaban como si fueran fieras salvajes, se colocaba precio a sus cabezas como a lobos y víboras. Cubiertas con sus cadáveres, las más bellas campiñas de América del Norte, aquellas de Kentucky, se tornaron para los indios “suelo desolado y sangriento” [...] En los primeros tiempos de la colonización, las masacres se realizaban sin escrúpulos hipócritas [...] Felices entre los indios aquellos que, luego de haber puesto mano en todo o en parte del precio de venta de las tierras, se quedaban en las reservas sin depender, en la vida cotidiana, de la solitud del gobierno federal¹⁵.

El geógrafo observa que no sólo el contagio de gérmenes, sino también la economía y las costumbres de los blancos tenían sobre los indios efectos desmoralizadores como la crisis de la institución de la jefatura y la abolición de las propiedades comunes originales:

En la época de su libertad, el poder monárquico era completamente desconocido por los indios, teniendo ellos por “jefes” a hombres de confianza vueltos populares a causa de su coraje, su destreza o su prudencia. Al poco tiempo, estos jefes se volvieron amos, encargados de dirigir particularmente todas las transacciones comerciales y militares; sus intereses, ahora diferentes a aquellos de sus sujetos, los hicieron enriquecer a expensas de una multitud envilecida [...] “El hombre blanco, el whisky, la varicela, la pólvora y las balas: ¡es el exterminio!”, repite un proverbio indio [...] Un decreto presidencial basta para retirar millones de kilómetros cuadrados a los indígenas para hacer de ellos, si no se consiguen adaptar al nuevo medio, intrusos, “forajidos” en la tierra de su patria¹⁶.

Preocupado por la actualidad de la cuestión indígena en los Estados Unidos y Canadá, y con el furor de estas comunidades, Reclus estudia su

distribución residual en el territorio, haciendo diseñar mapas temáticos dedicados a las reservas^{17 18}. No deja de relatar a sus lectores las revueltas indígenas y la dramática represión subsiguiente – o a veces “preventiva”. En 1890:

Los bailes mágicos fueron considerados una rebelión de los Sioux. Uno de sus jefes más famosos Sitting Bull o “Toro Sentado”, fue detenido en su barraca, en Standing Rock, Dakota del Norte, y muerto con muchos de sus compañeros durante la pelea que siguió a su captura. En Dakota del Sur, en Wounded Knee, la represión fue más terrible: primero desarmaron a los hombres, luego los masacraron, inclusive a las mujeres y a los niños en fuga¹⁹.

Reclus, mientras tanto, en línea con su idea de mezcla étnica universal, espera una “asimilación gradual”²⁰ que permita a los indios sobrevivientes y a sus descendientes adquirir los mismos derechos que los ciudadanos americanos. En el primer tomo de *L'Homme et la Terre*, revisa estas mismas problemáticas, a las que enriquece con sarcasmos respecto a los valores “religiosos” de los fundadores de la sociedad americana:

Se sabe que, mucho antes de la masacre de los pueblos en fuga cazados por el Far West, muchas tribus Pielas Rojas fueron sistemáticamente exterminadas y que, notoriamente, los “puritanos” de Nueva Inglaterra se entregaron a esta obra de odio con celo religioso [...] y sólo con el fin de apropiarse de sus tierras sin pagarles, o simplemente por el efecto de una brutalidad feroz, por el furioso entrenamiento de guerra, es que tuvieron lugar las expulsiones de indios, acompañadas de masacres. Con frecuencia, se procedió también por la supresión sistemática de la raza mediante la propagación de enfermedades contagiosas y principalmente por la distribución de la malvada bebida. Respecto a esto, a la turba le gusta repetir el irónico proverbio: “¡El whisky malo hace indios buenos!” Quiere decir, que los mata²¹.

Reclus resalta finalmente las diversas estrategias de resistencia desenvueltas por los pueblos que “no desean morir”²² y que intentan sobrevivir, preservando su cultura, tomando por refugios lugares marginales o emigrando a países, como Canadá o México, donde la tolerancia es un poco mayor. Reclus cita finalmente un caso de “resistencia cultural” bastante original, la del indio Sequoyah, inventor del alfabeto Cherokee. Este caso es también citado en la obra de J. Diamond²³, pero es Reclus quien apunta a su valor político e identitario, pues conoce bien la lucha contemporánea de los socialistas y anarquistas europeos por la alfabetización popular:

Los Cherokee nos dieron otro ejemplo. Uno de ellos, Sequoyah, habiendo entendido el poder intelectual que el libro garantiza a los blancos, opresores de su raza, quiso también elevar a los suyos a la

comunidad del pensamiento escrito, reproducido por impresión, pero en lugar de un alfabeto, creó un silabario, de acuerdo al genio de su lengua; y sus hermanos, consultados por él en un gran consejo, y teniendo en cuenta su opinión, decidieron que desde ese momento en adelante los diarios y las actas de la nación serían escritas por medio de los signos de Sequoyah: en tres meses, todos los cherokees se volvieron letrados en su lengua²⁴.

América central

El volumen XVII de la NGU, dedicado a América Central y las antillas, primer escenario de la Conquista, contiene 33 apariciones de la palabra “exterminio” y 2 de la palabra “masacre”. Desde el capítulo de las *Generalidades* sobre América, el geógrafo anarquista presenta la empresa de Cristóbal Colón en forma no exactamente apologética. Reclus define así al genovés: “el primer europeo en visitar el Nuevo Mundo, y también el primer plantador en esclavizar a los indígenas y hacerlos perecer a su servicio”²⁵. Esto no corresponde, sin embargo, a una apología al estado salvaje, o a algún tipo de remordimiento por el descubrimiento de América en sí, pues según Reclus el conocimiento es siempre útil:

La Edad Media se habría prolongado, la muerte intelectual y moral habría sido la consecuencia probable. Pero ese golpe al espíritu humano, que incita al estudio y al progreso de todo tipo, cuando el hombre puede constatar, por el propio testimonio de los sentidos, ¡que su Tierra flotaba en el éter, un planeta entre otros planetas, una molécula entre miríadas errantes en el infinito! La influencia que ejercieron los descubrimientos de la era colombina fue grande por los conocimientos directos que prestaron a la humanidad, pero fue aún mayor por su acción indirecta a la emancipación intelectual²⁶.

No es de las exploraciones, si no de las conquistas, que Reclus toma distancia, sin olvidar las responsabilidades de aquellos que expusieron los pretextos religiosos para el exterminio:

La llegada de Colón al suelo del Nuevo Mundo, este acontecimiento que desde el punto de vista de la historia general parece ser un hecho glorioso por excelencia, fue para los habitantes de las Antillas la señal de la desaparición en masa. Perseguidos por perros, bautizados luego a la fuerza y vueltos así “hermanos espirituales” de los españoles – mientras tanto condenados a todos los trabajos: tareas de aprovisionamiento, exploración de minas, cultivo en plantaciones, fijados al suelo y repartidos en rebaños entre los conquistadores, por fin sometidos a la Inquisición, los infelices se volvieron en poco tiempo una horda de esclavos. La Española, Cuba, donde se apretaban cientos de

miles de indígenas, se transformó en un lugar solitario, tribus enteras renunciaron a toda civilización, refugiándose en la selva y reviviendo la vida bestial de los ancestros. Otros se suicidaron para escapar de la atroz dominación del extranjero [...] Los crímenes de las Antillas se repitieron en muchos países de América del Norte y del Sur. Se sabe cuán poco costaba la sangre humana para los Cortés y los Pizarro: por cientos de miles se cuentan las muertes, muchos distritos fueron completamente despoblados. Y no fueron sólo los españoles quienes se entregaron a estas matanzas: todos los conquistadores, cualquiera sea la raza a la que pertenezcan, han sido parte de estas carnicerías. Los que vertieron menos sangre, los portugueses por ejemplo, lo deben no a su espíritu de bondad y equidad – lo que además quedó probado en las Indias Orientales, más que en su establecimiento en un país en el que no encontraron frente a ellos más que tribus errantes, huyendo a la lejanía de la selva. Ahí donde la masacre no ocurrió, tuvo lugar la expulsión gradual, produciendo los mismos efectos²⁷.

De modo distinto a la situación analizada en América septentrional, las civilizaciones aplastadas por los españoles en América Central, según Reclus, tenían poco de “inferior” frente a los conocimientos difundidos en la Europa de la época:

Los mexicanos, hábiles ingenieros, habían construido diques, calzadas, canales, acueductos, cloacas; poseían bellas carreteras, sobre las cuales los correos brindaban un servicio que en las instituciones análogas de Europa era aún rudimentario. Sabían trabajar el oro, la plata, el cobre y otros metales. Su ciencia astronómica era tal que supieron dividir su año en dieciocho meses de veinte días, con cinco días complementarios, y de esta manera obtener exactamente 365 días. En fin, pintaron y esculpieron sus anales, y hasta se sirvieron de caracteres jeroglíficos. Todos estos productos del arte y la ciencia fueron considerados por los padres ignorantes de España como obras del demonio y arrojados a las llamas²⁸.

Otra diferencia concierne a la supervivencia del elemento indio en América central y meridional. Mientras que en Estados Unidos el porcentaje de indios en la población total es mínima, en diversas regiones de colonización hispánica los amerindios habían experimentado una cierta recuperación demográfica luego del primer choque, y en diversos casos los dos pueblos terminaron por fundirse. Esto guarda interés para Reclus, pues sus propuestas anti racistas apuntaban a la mezcla universal de las “razas”²⁹ como una de las soluciones posibles para garantizar a la humanidad un porvenir pacífico. Destacamos también que en aquella época, conforme a Catherine Coquery-Vidrovitch, la idea de la mezcla preocupaba mucho a los científicos racistas, muy interesados en el concepto de “raza pura”³⁰:

Cualquiera que sean las pretensiones, no es posible que haya en América Latina una raza verdaderamente pura, pues los primeros inmigrantes europeos, de México a Chile, casi todos ellos se casaron con indígenas [...] Puede evaluarse en una treintena de millones los americanos que, por la mezcla de sangre, participan al mismo tiempo de las dos razas, dichas “blanca” y “roja” según las tonalidades originales de la piel³¹.

En el volumen XVII, Reclus retoma la misma distinción subrayando que la fusión habría sido más simple en el caso de los colonos neolatinos (marcadamente de origen ibérico) que en el caso anglosajón.

Los Estados Unidos no son, por así decir, más que un anexo del Viejo Mundo. Por su población, blanca y negra, reproducen Europa y África en otro continente. Los elementos aborígenes están representados en forma relativamente pobre, y las tribus que no han sido masacradas y que no se mezclaron en la masa de los otros habitantes sin dejar vestigios, viven aún en estado salvaje en enclaves más o menos respetados. En América española, por el contrario, el grueso de la población se compone de indígenas hispanizados que, habiendo recibido ampliamente la civilización europea y habiéndose mezclado las razas del Viejo Mundo, no son más representantes de la antigua raza americana. Los neo-sajones han destruido o repelido a las poblaciones indígenas, los neo-latinos las han asimilado³².

Reclus, para escribir los últimos tres volúmenes de su obra, todos consagrados a América Latina, trabajó largamente en los archivos y bibliotecas de Lisboa, Madrid, Sevilla y Salamanca, donde tuvo acceso a fuentes históricas concernientes a la Conquista, pero también a textos que registran los debates de la época, por ejemplo el de los teólogos que se preguntaban si los indios tenían alma. Reclus cita especialmente al llamado “defensor de indios”, Bartolomé de Las Casas:

Según Bartolomé de Las Casas, “los cristianos causaron con sus tiranías y obras infernales la muerte de más de doce millones de almas, que quizás fueron más de quince millones, hombres, mujeres y niños”. Cualquiera sea el grado de aproximación que el famoso “defensor de indios” haya podido alcanzar en esta escalofriante evaluación, es cierto que las masacres y la opresión casi puso fin a la raza de las Antillas, en tanto que los pueblos y tribus de México y de América Central consiguieron subsistir. Fue necesario entonces proveer de personas de otra raza a las islas de este “mar de los Caribes” donde no se encontraban más Caribes, y donde los negros vinieron a sustituir a los indios. Esclavos africanos fueron importados por millones para colonizar el país en lugar de los millones de indígenas masacrados. Pero no hay una base documental suficiente que permita evaluar

a cuantas cabezas se elevó, durante más de tres siglos, la introducción de este ganado humano. Algunos autores han hablado de diez o quince millones de individuos. En cualquier caso, la trata debe haber costado a África, por las guerras suscitadas, un número mucho mayor de vidas humanas³³.

Reclus intenta entonces evaluar el número de indios muertos a causa de la Conquista. Hasta hoy, ningún historiador de la demografía ha logrado enunciar una evaluación precisa de los millones de amerindios que perecieron desde el primer contacto con los europeos, mientras que los estudios recientes consideran subestimadas las cifras ofrecidas por Las Casas y se refieren a un número en torno a los 30 o 40 millones³⁴. Reclus tiene así la ocasión de citar testimonios directos de las masacres ocurridas en cada país, refiriéndose sistemáticamente a los datos por él poseídos:

Los conquistadores españoles hicieron en México lo que habían hecho en las Antillas: masacraron a los indígenas que se resistieron y sumieron a los sobrevivientes a un régimen de esclavitud sin piedad. “Una larga experiencia”, dice Pedro Mártir de Anguarena, “ha demostrado la necesidad de privar a estos hombres de libertad y de proporcionarles guías y protectores”. Gracias a estos “protectores”, las provincias se encontraron casi completamente despobladas en menos de una generación. El sitio de México, “donde los hombres eran más numerosos que las estrellas del cielo y que los granos de arena de la costa del mar”, costó la vida, dice, a 150.000 personas. Del mismo modo, según Pimentel, la provincia de Nueva Galicia, que pasó a ser el Estado de Jalisco, vio a su población, de 450.000 indios, reducida a 12.600³⁵.

Al norte de México, los propietarios habían combatido, hasta tiempos reciente, una guerra de exterminio contra los Apaches y otros pueblos indios. Reclus no deja de resaltar el origen “europeo” del hábito de quedarse con el cuero cabelludo u otra parte del cuerpo del enemigo muerto:

Concientes de sus orígenes indios, las personas del pueblo se sentían orgullosas de los hechos de sus hermanos aún salvajes, y muchas veces satirizaban en músicas los infortunios de los propietarios que hacían correr en vano en busca de sus rebaños. Para liberarse de los ladrones apaches, se decretó contra ellos una guerra de exterminio. Se puso precio a sus cabezas: un premio de 200 piastras se pagaba por la cabellera o por el par de orejas de un guerrero; un indio, llevado vivo, valía 150 piastras; se daba el mismo precio por un muchacho vivo y 100 piastras por su cadáver³⁶.

El sarcasmo contra las historias de los conquistadores que magnificaban las maravillas de aquellos que iban a destruir, se encuentra presente en múltiples pasajes de la NGU:

“La ciudad de Churultecal” – llamada así por Cortés – “contiene veinte mil casa en el cuerpo de la villa y otras tantas en los suburbios. En lo alto de uno de los templos conté más de cuatrocientas torres, siendo todos santuarios”. Pero apenas pocos días después de haber contemplado este panorama de la ciudad, el conquistador se puso a la obra de destruirla por medio de la masacre y el incendio³⁷.

Prosiguiendo en dirección sur, el geógrafo reencuentra civilizaciones que sobrevivieron a la masacre y cuya lengua e identidad habían resucitado, englobando también a los descendientes de los invasores, según un aforismo horaciano *Graecia capta ferum victorem cepit* [La Grecia, conquistada, capturó al fiero vencedor]:

Los mayas, quienes se plantaron más bravamente ante los españoles que la nación de los aztecas, habían alcanzado, aparentemente, un grado más alto de civilización. Aunque Colón no había visitado a los mayas, su reputación llegó hasta ellos. La obra de exterminio relatada por Las Casas y Diego de Landa fue terrible, la raza casi desapareció. Esta, sin embargo, ha resurgido en unos pocos, y, a pesar de su reducido número, los vencidos mayas no abdicaron a su lengua. Se afirma además que la mayor parte de aquellos que conocieron el español, se negaron a hablarlo. El hecho de que en Yucatán los conquistadores terminaron por ser conquistados en los campos, donde la lengua maya es de uso general, con excepción de los alrededores de Campeche. En los distritos del interior, los descendientes de los españoles han desaprendido en gran parte el idioma de sus antepasados³⁸.

Reclus era conocido en Francia, desde sus primeras publicaciones en *Revue des Deux Mondes* [Revista de Dos Mundos], como uno de los abogados de los negros americanos en la lucha contra la esclavitud donde, no es de sorprender, focaliza su atención en la esclavitud a la que habían sido sumidos antes los amerindios de América Central en las plantaciones de Antillas, al costo del despoblamiento de vastas regiones:

Se sabe que la falta casi absoluta de población india en las costas atlánticas, de Yucatán a Nicaragua, se debe a los tratantes españoles. Desde que los indígenas de Cuba y La Española fueron exterminados por los propietarios, y sin que la trata de negros aún proveyese un número suficiente de trabajadores, los plantadores de estas islas buscaban reclutar sus condenados por la importación de “Caribes”, esto es, indios de toda raza que poblaban las islas y la tierra firme y que fueron acusados de todos los crímenes y de canibalismo, con el fin de no tener que reprocharse su esclavización. La caza de hombres se hizo principalmente a lo largo del litoral del golfo de Honduras [...] Desde la llegada de los españoles, la resistencia de los indígenas

de Honduras fue valiente y tenaz; al interior de esas tierras, al menos, ellos no fueron exterminados, mientras que en el litoral y las márgenes de los ríos navegables los piratas atrapaban a los habitantes, se sabe, para venderlos como esclavos en las plantaciones de las Antillas, donde todos terminarían por perecer³⁹.

La historia escrita por los europeos, normalmente, relata alguna cosa sobre los pueblos “pre-colombinos” más célebres, como los Aztecas y los Incas, pero muy poco de otros, haciendo que aparezcan “vacíos” en las cartas geográficas. Sin embargo, en éstos también había civilizaciones, y también masacres, como en el caso de Nicaragua:

El despoblamiento se hizo en Nicaragua en forma más atroz, por lo menos en proporciones más vastas aún que en el resto de América Central, pues en esta región de istmos los habitantes no tenían lugar donde refugiarse. Cuanto más numerosos eran los indios, más masacres generaban vacíos en la multitud. En la misma Nicaragua oriental, vecina al mar de los Caribes, las tribus indias cubrían con sus aldeas muchas regiones enteramente despobladas después por los piratas. Y es así que de Mico al estuario de Blewfields se encuentran antiguos cementerios, fragmentos de cerámica, piedras esculpidas y hasta efigies humanas. Las viviendas españolas que se encontraban descendiendo el curso del Mico fueron construidas con los escombros de los asentamientos indios⁴⁰.

Abordando la región de las Antillas, Reclus destaca que la masacre tuvo como consecuencia la total extinción de pueblos de islas enteras, pues el espacio era muy estrecho como para escapar. En el caso de la isla Española-Haití, se encuentra precisamente la descripción de aquello que hoy llamamos “genocidio”:

Colón habla de este pueblo en términos que han sido rara vez aplicados a otros hombres. “Ellos aman a sus prójimos como a sí mismos” dice, “su hablar, siempre amigable y muy dulce, es acompañado de sonrisas”. Y por lo tanto, el mismo, que les rendía tan alto testimonio, inició la esclavización de estos indios por medio de la astucia y la violencia. Sus compañeros y sus sucesores lo superaron en crueldad, tornándose para los españoles un pasatiempo jugar con sus bulldogs contra los indígenas, despedazados vivos. Los infelices se rebelaron en vano, la guerra no hizo si no apresurar la masacre. Se relata que para terminar más rápido con su miserable existencia, los haitianos desesperados juraron no hacer que nazcan más niños: fue este el suicidio de toda la raza. En medio siglo, la nación que habían encontrado los españoles y que ellos ardían de deseo por “convertir a la verdadera fe” no existía más, o por lo menos lo poco que quedó se fundió con otros elementos étnicos, negros o blancos⁴¹.

En el caso de las Antillas Menores, Reclus no abubilla a sus compatriotas, pues los franceses compartían la responsabilidad de la desaparición de muchos pueblos indígenas:

Así como los caribes habían exterminado a los aruaques, los blancos, españoles, franceses e ingleses, exterminaron a su vez a los caribes. La historia de cada isla, notablemente en el caso de Martinica, Dominica, San Vicente, es un recuento de masacres de indígenas, no restando ahora más que un pequeño número de caribes mestizos, viviendo en esas tres islas, en valles separados por montañas⁴².

En el caso de San Cristóbal, es con sus rivales ingleses que los súbditos del Rey Luis se disputaron el poco envidiable privilegio de asesinar al último indígena.

Warner y sus compañeros, desembarcados en 1625, y los aventureros franceses, conducidos por el normando d'Esnambuc, quienes vinieron años después, y no el mismo día, como comúnmente se repite, se acercaron a los primeros ocupantes, persiguiéndolos y, después de haberlos expulsado hacia el interior, terminaron por exterminarlos completamente. No hay en la isla más que una piedra escrita cuyas inscripciones no han sido descifradas⁴³.

América meridional

Luego de sus viajes entre 1856-1857 a Sierra Nevada de Santa Marta en Colombia, Reclus fue siempre sensible a la contradicción entre la idea de “pueblos civilizados” y los daños consumados en nombre de esta civilización pretendidamente superior. Hablando de los indios de Santa Marta, el futuro geógrafo observa que: “El comercio, tal como hoy lo comprendemos, ¿sabrá, en cambio de su paz, darles otra cosa que no sea una servidumbre disfrazada, la miseria y los gozos salvajes avivados por el aguardiente? Con ya demasiada frecuencia, la bella palabra civilización ha servido de pretexto para el exterminio más o menos rápido de tribus enteras”⁴⁴.

A propósito de América central y meridional, Reclus propone muchas veces un paralelo entre la resistencia de los indios y las revueltas de los esclavos quilombolas [marrons], con quienes compartían con frecuencia el lugar geográfico en que los forajidos podían conseguir asilo: la selva tropical. En las colonias españolas de Cuba, donde ya no había más indígenas, las revueltas de esclavos causaron una alianza entre los blancos de las diferentes clases sociales:

Incluso los blancos de las dos castas se reconciliaron de repente en 1812, cuando se dieron cuenta que los negros del distrito oriental se habían sublevado cerca de Holguín y de Bayazo. Los plantadores

de Puerto Príncipe, a la cabeza de los esclavos fieles, llevaron a cabo batidas contra los negros quilombolas, los cercaron en la selva y los masacraron. El jefe, Aponte, fue llevado a la horca con ocho de sus camaradas. La esclavitud, quiere decir, la complicidad forzada de los españoles y los criollos en los crímenes de trata y de la explotación de los negros, y el lazo que mantiene aún a la isla fiel a la madre patria⁴⁵.

Más felices fueron los esclavos rebeldes de las Guyanas, que gracias a la protección de la selva han dado vida a repúblicas negras durables, descritas por Reclus con simpatía:

Repúblicas de negros fueron fundadas en tres Guyanas costeras, la inglesa, la holandesa y la francesa, pero es en las cuencas de los ríos Surinam y Maroni donde están establecidos los grupos más numerosos [...] Los mancomunados viven en paz, sin ambiciones rivales de disputa del poder: iguales en bienestar, todos los negros del monte son iguales en derecho⁴⁶.

En la NGU, los relatos de los exterminios se retoman a propósito de Colombia, donde “las masacres, el trabajo excesivo, las epidemias y sobre todo el disgusto por la vida, hicieron perecer a los habitantes por centenas de millares”⁴⁷. En la península de Guajira, Reclus relata una insurrección victoriosa de los indios, que sin embargo habían sido cristianizados. Lo que los alejó nuevamente fueron las actitudes no muy “piadosas” de ciertos misioneros:

La avidez y sobre todo la lujuria de los “civilizadores” predispusieron a los indios a la revuelta. Después de un levantamiento de mujeres guajiras, las tribus se sublevaron [...] Esto ocurrió a fines del siglo XVI, y desde esa época los guajiros, renunciando seriamente a la religión de sus enemigos, fueron a vivir libres en sus grandes sabanas y en sus valles de montañas⁴⁸.

Del otro lado de los Andes, los conquistadores marcharon, ese mismo siglo, a la conquista de los tesoros incas. En Ecuador, en Riobamba, Reclus se refiere a cómo los soldados invadieron una ciudad cuyos defensores habían huido sin oponer ninguna resistencia: “La conquista está terminada. No resta más que masacrar a los indígenas y saquear los templos y las tumbas”⁴⁹. En Perú, la caza a los indios, según el geógrafo, continuó hasta tiempos reciente, bajo el pretexto de la pretendida antropofagia de algunos de ellos:

Por su lado, los colonos o mestizos se autorizaban en estos relatos, más o menos verídicos, a tratar a los cachibos como fieras salvajes y masacrarlos sin remordimiento. Además, en una expedición de caza, no se molestan en identificar qué indios matan: cachibos o no, todos son considerados antropófagos⁵⁰.

Mientras tanto, en las zonas centrales y meridionales de la cordillera de los Andes, el geógrafo destaca otros episodios de resistencia cultural indígena, especialmente en las áreas lingüísticas de los quechuas y aimaras. En estos altiplanos, la lengua de los indígenas “no retrocede frente a las invasiones del español: al contrario, los españoles aprenden quechua”⁵¹. En el último volumen de la NGU, el XIX, dedicado al Brasil y a los países del Plata, Reclus es más avaro en comentarios acerca de la represión de los indígenas. Esto se explica, probablemente, por un lado debido a la falta de registros de la situación del interior de la selva amazónica, y por otro lado por la menor importancia que el problema indígena tenía, en esta época, en países muy europeizados como el Uruguay y la Argentina. Sin embargo, el geógrafo no deja de resaltar algunos episodios, como la masacre de los indios tamoios en el Brasil durante la época de la fiebre del oro: “Los cazadores paulistas, corriendo en búsqueda de presas humanas para alimentar a los esclavos de las minas y de las plantaciones, contribuyeron también a la destrucción de la raza de los Tamoios”⁵².

Ni la República de Argentina, cuya Constitución federalista de 1853 había sido muy apreciada por Reclus, es exenta por el geógrafo anarquista, que destaca cómo la construcción de esta nación causó, aún en la primera mitad del siglo, la expulsión de los pocos indios que quedaban. “El retorno de la paz interior debe tener por consecuencia una nueva expulsión de los indios hacia el sur, sumado a que estos disminuyen rápidamente en número a medida que se cruzan con los argentinos”⁵³.

A propósito de Paraguay, Reclus vuelve sobre la importancia del mestizaje, que la supervivencia de un buen número de descendientes de los guaraníes fue posible en la pequeña república sudamericana. Es decididamente una declaración interesante de anti-racismo afirmar que la “raza” más “humana” es la más mezclada.

La mezcla de los negros y de los indígenas guaraníes parece muy favorable al embellecimiento de la “raza” [...] la población de América meridional es la más “humana”, pues es allí donde los elementos originarios más característicos, el indio, el negro de África y el blanco de Europa, se encuentran mejor fundidos. Allí se constituye físicamente la raza representativa de la especie humana en su conjunto⁵⁴.

Conclusión: una postura muy clara

A pesar de quienes han hablado de “colonialismo”, el recuento de los textos originales de Reclus demuestra que su toma de distancia respecto de las acciones de Europa en el resto del mundo es muy nítida, muy explícita, y no exonera nación europea ni período histórico.

Las ideas evolucionistas del geógrafo no se corresponden evidentemente con una postura historicista tal como la detentada por determinadas elaboraciones filosóficas encaminadas a la universalización del modelo europeo, abordadas por los estudios pos-coloniales a partir de los trabajo de Dipesh Chakrabarty⁵⁵. La idea reclusiana de progreso es evidentemente compleja y poco lineal. Por un lado, el geógrafo anarquista recusa explícitamente la idea de Rousseau del “buen salvaje” y del estado de naturaleza, pues cree profundamente en el progreso de los conocimientos técnicos y científicos. Por otro lado, presta siempre atención a los aspectos de la cultura de aquellos mal llamados “primitivos”, tales como el igualitarismo y el pacifismo de ciertas tribus, las diferentes estrategias de adaptación al medio, etc., pues cree que la unión de la humanidad no debe ser un proceso de vía única, si no que los presuntos “inferiores” tendrían muchas cosas que enseñar a los así llamados “civilizados”. Hablando de África en la NGU, él ya había declarado que era necesario terminar con el concepto de razas y civilizaciones pretendidas superiores, lo que implica sin duda una gran originalidad en relación a la ciencia europea de la misma época^{56 57}.

—Notas—

1. RECLUS, Élisée. *Nouvelle Géographie Universelle*, vo. IV, Iles Britanniques. Paris: Hachette, 1879: Pp. 12-13.
2. RECLUS, Élisée. *Nouvelle Géographie Universelle*, vol. XV, Amérique Boréale. Paris: Hachette, 1890: Pp. 12-13.
3. Jean-Pierre Michel Reclus conocido como Elie (Sainte-Foix-la-Grande 1827-1904).
4. RECLUS, Élisée. *Nouvelle Géographie Universelle*, vol. X. Paris: Hachette, 1885: Pp. 13-14.
5. RECLUS, Élisée. *Nouvelle Géographie Universelle*, vol. XV, Amérique Boréale. Paris: Hachette, 1890: P. 223.
6. CLASTRES, Pierre. *La sociedad contra el Estado*. La Plata : Terramar, 2008.
7. RECLUS, Élisée. *Nouvelle Géographie Universelle*, vol. XVI, 1892 : P. 45.
8. RECLUS, Élisée. *Nouvelle Géographie Universelle*, vol. XVIII, Amérique du Sud, les régions andines. Paris: Hachette, 1893: P. 762.
9. RECLUS, Élisée. *Nouvelle Géographie Universelle*, vol. XV, Amérique Boréale. Paris: Hachette, 1890: P. 226.
10. DIAMOND, Jared. *Guns, Germs and Steel*, the fates of human societies. London: J. Cape, 1997.
11. RECLUS, Élisée. *Nouvelle Géographie Universelle*, vo. V. Paris: Librairie Universelle, 1905: P. 329.
12. RECLUS, Élisée. *Nouvelle Géographie Universelle*, vol. XV, Amérique Boréale. Paris: Hachette, 1890: P. 477.
13. RECLUS, Élisée. *Nouvelle Géographie Universelle*, vol. XVI, Les États Unis. Paris: Hachette, 1892: P.679.
14. Ibid., P. 679-680.
15. Ibid., P. 681-682.
16. Ibid., P. 683-684.
17. RECLUS, Élisée. *Nouvelle Géographie Universelle*, vol. XV, Amérique Boréale. Paris: Hachette, 1890: P. 394.
18. RECLUS, Élisée. *Nouvelle Géographie Universelle*, vol. XVI, Les États Unis. Paris: Hachette, 1892: P. 687.
19. Ibid., P. 687.
20. Ibid., P. 688.

21. RECLUS, Élisée. *L'Homme et la Terre*, vo. VI. Paris: Librairie Universelle, 1908: Pp. 98-99.
22. *Ibíd.*, P. 101.
23. DIAMOND, Jared. *Guns, Germs and Steel, the fates of human societies*. London: J. Cape, 1997.
24. *Ibíd.*, P. 104.
25. RECLUS, Élisée. *Nouvelle Géographie Universelle*, vol. XV, Amérique Boréale. Paris: Hachette, 1890: P. 19.
26. RECLUS, Élisée. *Nouvelle Géographie Universelle*, vol. XV, Amérique Boréale. Paris: Hachette, 1890: P. 71.
27. RECLUS, Élisée. *Nouvelle Géographie Universelle*, vol. XV, Amérique Boréale. Paris: Hachette, 1890: P. 73.
28. RECLUS, Élisée. *Nouvelle Géographie Universelle*, vol. XV, Amérique Boréale. Paris: Hachette, 1890: P. 74.
29. En la época se utilizaba normalmente esta palabra, pero no forzosamente con connotaciones racistas. Véase: LA VERGATA (2009).
30. COQUERY-VIDROVITCH, "Catherine. Le postulat de la supériorité blanche et de l'infériorité noire". In FERRO Marc. *Le livre noir du colonialisme*. Paris: Laffont, 2003: Pp. 646-691.
31. RECLUS, Élisée. *Nouvelle Géographie Universelle*, vol. XV, Amérique Boréale. Paris: Hachette, 1890: P. 76.
32. RECLUS, Élisée. *Nouvelle Géographie Universelle*, vol. XVII, Indes Occidentales. Paris: Hachette, 1891: P. 14.
33. *Ibíd.*, P. 12.
34. LIVI BACCI, Massimo. *Conquista: a Destruição dos Índios Americanos*. Lisboa: Editora 70, 2007.
35. RECLUS, Élisée. *Nouvelle Géographie Universelle*, vol. XVII, Indes Occidentales. Paris: Hachette, 1891: P. 107.
36. *Ibíd.*, P. 124.
37. *Ibíd.*, P. 201.
38. *Ibíd.*, P. 250.
39. RECLUS, Élisée. *Nouvelle Géographie Universelle*, vol. XVII, Indes Occidentales. Paris: Hachette, 1891: Pp. 366, 465.
40. *Ibíd.*, P. 507.
41. *Ibíd.*, P. 743-744.
42. *Ibíd.*, P. 851.
43. *Ibíd.*, P. 868.
44. RECLUS, Élisée. *Voyage à la Sierra Nevada de Sainte-Marthe: paysages de la nature tropicale*. Paris: Hachette, 1861. P. 35.
45. RECLUS, Élisée. *Nouvelle Géographie Universelle*, vol. XVII, Indes Occidentales. Paris: Hachette, 1891: P. 680.
46. RECLUS, Élisée. *Nouvelle Géographie Universelle*, vol. XIX, L'Amazonie et la Plata. Paris: Hachette, 1894: Pp. 48-52.
47. RECLUS, Élisée. *Nouvelle Géographie Universelle*, vol. XVIII, Amérique du Sud, les régions andines. Paris: Hachette, 1893: P. 292.
48. *Ibíd.*, P. 310.
49. *Ibíd.*, P. 409.
50. *Ibíd.*, P. 547.
51. *Ibíd.*, P. 531.
52. RECLUS, Élisée. *Nouvelle Géographie Universelle*, vol. XIX, L'Amazonie et la Plata. Paris: Hachette, 1894: P. 303.
53. *Ibíd.*, P. 682.
54. *Ibíd.*, P. 57.
55. CHAKRABARTY, Dipesh. *Provincializing Europe, postcolonial and historical difference*. Princeton: Princeton University Press, 2000.
56. RECLUS, Élisée. *Nouvelle Géographie Universelle*, vol. X. Paris: Hachette, 1885: P. 32.
57. RECLUS, Élisée. *Nouvelle Géographie Universelle*, vol. XIII. Paris: Hachette, 1888: P. 554.